
EL REINO DE LA JUSTICIA

Angel Matute, O.A.R. *

1. LA ESPERANZA DE LOS POBRES

Los tiempos del AT terminan inmersos en una tensión de espera e insatisfacción. Todas las esferas del pueblo elegido han puesto sus ojos en el futuro que imaginan más o menos cercano. Cada grupo sueña los nuevos tiempos de manera diferente. Hay, sin embargo, una nota común: la esperanza colmaría aspiraciones espirituales y tristezas históricas. Y aunque éstas y aquellas estaban impregnadas de elementos materialistas y legalistas, quedaba un rescaldo de pureza que sentía en sus carnes el abandono de Dios y lloraba su ausencia. Era particularmente el llamado *resto de Israel*, quien aguardaba la gran realidad de los tiempos futuros, que coincidiría con la inauguración de una nueva etapa en la línea de la historia de la salvación, en la que se haría justicia al pobre y éste encontraría su consuelo. Su llegada traería consigo el sentido absoluto de la espera, sería la realización de la utopía del corazón humano, la transformación

de su mundo y la implicación de un orden nuevo de valores. Yavé haría realidad su realeza y su reino dominaría todos los campos de la vida del hombre. Coincidiría con la presencia del Santo de Israel (Is 29, 19), con la llegada del año de gracia (Lev 25,1-7; Dt 15,1-11), pero sería también "el Día de la cólera de Yavé" (So 2,3) y únicamente los "humildes de la tierra", buscando la justicia y la humildad, podrían escapar de la venganza (So 2,3).

El pueblo humilde, el pobre, había sufrido demasiado. La promesa hecha al pueblo en Abraham de poseer la tierra (Gn 12,1; 15,18; 17,8), la salida de la esclavitud de Egipto para gozar de la libertad en "una tierra buena y espaciosa", que manaba leche y miel (Ex 3,8), había llegado a convertirse en pura ilusión para buena parte del pueblo, que sentía en lo más profundo de su ser la injusticia del poderoso latifundista, que con sus violaciones había robado el pedazo de tierra que le correspondía. Los profetas no se

* Doctor en Teología; Profesor en la Facultad de Teología, Universidad Javeriana, Bogotá.

cansarán de condenar semejantes acciones (cf Is 5,8-9; 58,1-4; Jer 22,15-19; Ez 22, 29-31; Os 12,8-9; Am 5,7-13; 8,4-8; Miq 2,1-3).

Merced a estas predicaciones va tomando conciencia el pobre de que Yavé no se olvida y nace en él la esperanza de salvación (Is 29,19-21). "El pobre se ha convertido en el cliente de Dios. Pobreza significa proximidad a Dios, apertura interior a Dios, disponibilidad de espíritu y humildad ante Dios" (1). La llegada del reino de Dios vendría a llenar ese vacío de los corazones de los olvidados, que sufrían las cargas de una sociedad injusta y tampoco sentían la proximidad de Dios. Sería el momento en el que el *resto de Israel*, los *pobres de Yavé* encontrarían su consolación (So 3,11-13) y los abandonados amparo (Is 41,17).

El punto de convergencia entre estas ilusiones y la presencia salvadora de Dios, lo encontramos en Marfa, tal como nos la presenta el *Magnificat* de San Lucas. Ella forma parte de los *pobres de Yavé*, y a su pobreza añade la humillación que suponía la virginidad para la sociedad de aquel entonces, aunque fuera una virginidad voluntaria (2). El pueblo no veía más que esterilidad, y esto suponía humillación y oprobio, que vienen a ser sinónimos (cf. 1Sam 1,11. Lc 1,25; 1,48). Dios encuentra el terreno apropiado para encarnarse en esa pobreza y humillación. Y Marfa ante el anuncio de tal acontecimiento, puede gritar al mundo que Dios se ha servido de lo que no cuenta a los ojos de los hombres para confundir a los poderosos.

Prescindiendo de los problemas crítico-literarios del *Magnificat*, podemos asegurar que todas sus proposiciones están dentro del contexto del AT. Es un mosaico de pasajes que vienen a incidir en el mismo tema: Dios ha sido fiel en su palabra, no abandonando la esperanza del pobre. Al mismo tiempo, queda diseñada su voluntad de construir su reino lo que el hombre considera baja y desprecio. Los planes de Dios quedarán siempre para aquellos que en su humildad sepan descubrir a un Dios que se da sin aparato externo y sabe ocultarse en formas tan íntimamente unidas a la realidad humana como el dolor, la tristeza y la miseria. Para descubrirlo habrá que hacerse como niños, porque los poderosos y los autosuficientes no serán capaces de descifrar el código de Dios. "Ha escogido Dios más bien lo necio del mundo, para confundir a los sabios. Y ha escogido Dios lo débil del mundo, para confundir lo fuerte. Lo plebeyo y despreciable del mundo ha escogido Dios; lo que no es, para reducir a la nada lo que es" (1 Cor 1,27-28).

Solamente los *pobres de Yavé* que no estaban demasiado condicionados por motivos políticos ni intereses materialistas, que habían sido capaces de vivir en su pobreza la esperanza de la transformación, tenían la mirada suficientemente clara para saber leer en los acontecimientos de los tiempos los planes de Dios. Su triste experiencia histórica les ha enseñado que la salvación no puede llegar según las normas de ser y actuar de los hombres. Ellos son los primeros en adivinar los designios divinos que están llegando a ser realidad (3).

(1) Gelín, A.: *Los pobres de Yavé*, Barcelona, 1965, p. 25.

(2) Cf. Matellán, S.: *Pobreza evangélica*, Madrid 1975, p. 30.

(3) Cf. Escudero Freire, C.: *Devolver el evangelio a los pobres*, Salamanca 1978, pp. 188-189.

2. LA LLEGADA DE LA SALVACION

María ya ha sentido la presencia desbordante de Dios. Personalmente ha experimentado que la historia de la salvación ha tomado un giro sustancial. Ella ha dado el sí al suelo de los humildes y ha hecho realidad la esperanza de los pobres.

Con la aparición en público de Jesús se inaugura oficialmente el **kairos** definitivo y la gran angustia del pueblo elegido toma nuevos caminos. Es bien sabido que Jesús no se presenta predicándose a sí mismo, sino que inicia su ministerio anunciado la llegada del reino de Dios (Mc 1,14-15; Mt 4,17; 10,7; Lc 10,9). No se preocupa Jesús en explicarnos la última realidad de este reino, aunque nos ha dejado contornos suficientemente claros para poder seguir la trayectoria y las exigencias de los nuevos planteamientos. Jesús nunca ha sentido la necesidad de proponer en su discurso programático la esencia del reino de Dios. El sabía que para sus oyentes no era un concepto extraño, aunque cada grupo estuviera comprometido con su propia concepción (4). El mismo Jesús le da un carácter propio con unos planteamientos nuevos, pero sus contemporáneos familiarizados con las tradiciones proféticas, podían comprenderle.

leyendo en la sinagoga de su pueblo un texto de Isaías, impregnado de realidades mesiánicas, asegura a sus oyentes: "Hoy se cumple esta palabra ante vuestros oídos" (Lc 4,21; cf. Is 61,1-2). Será el mismo profeta (cf. Is 29,18-19; 35,5-6; 61,1) quien le ayude a contestar a los discípulos de Juan el Bautista que se acercan a él, enviados por su maestro, a cerciorarse si era él quien había de venir o había que seguir esperando. "Id y contad a Juan, les responde Jesús, lo que oís y veis: los ciegos ven y los cojos andan, los leproso-

quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia a los pobres la Buena Nueva" (Mt 11,4-5).

Ante estos anuncios Jesús podrá decir a sus discípulos, en representación de todos los creyentes: "Dichosos los ojos que ven lo que veis" (Lc 10,23); pero al mismo tiempo sabe que muchos no creerán en él, que lo tildarán de loco, impostor y farsante. Su misma familia piensa que está loco (Mc 3,21). San Juan aporta que "ni siquiera sus hermanos creían en él" (Jn 7,5); sus paisanos se escandalizan a causa suya (Mc 6,3), los escribas lo llaman endemoniado (Mc 3,22-23), pero Jesús enseñará: "Dichoso aquel que no halle escándalo en mí" (Mt 11,6) y el que cumpla la voluntad del Padre, será su madre y su hermano (Mc 3,34-35). El, al darse a todos, deja de ser patrimonio de un pueblo o propiedad de una familia, por ello aparece desligado de la familia y de la patria. El pertenece a aquellos que van tras la voluntad de Dios. Jesús rompe con los moldes geográficos, superando lazos de sangre y de raza. Su espíritu está libre, y por ello es capaz de pensar en una comunidad de hermanos de todos para todos. Sin plazas de honor ni puestos reservados y sin privilegios adquiridos por los años de servicio (Mt 20,1-16), y a quienes se consideraban seguros por poseer tradiciones sacrosantas, les previene que mientras ellos serán condenados, "vendrán del oriente y de occidente, del norte y del sur, y se pondrán en la mesa en el reino de Dios" (Lc 13,28-29).

Jesús llama bienaventurados a los pobres, a los que lloran, a los que tienen hambre, a los perseguidos por causa de la justicia, a los que son odiados y maltratados por causa del Hijo del Hombre (Mt 5,1-11; Lc 6,20-22). Siente amor y simpatía, en su sentido etimológico, con el

(4) Cf. Kasper, W.: *Jesús, el Cristo*, Salamanca 1976 pp. 86-87.

pequeño y el débil (Mc 9,42; Mt 10,42; 18,10.14), por el sencillo (Mt 11,25), por cuantos sufren, trabajan y se ven en apuros (Mt 11,28), por cuantos son condenados por aquellos que entienden de Dios, y va en busca de publicanos, pecadores y prostitutas (Mc 2,16; Mt 11,19; Lc 7,37.39; 15,1-2; 19,7). En todos estos desclasados están comprendidos aquellos que el mundo de los fuertes abandona e injustamente oprime, todos aquellos que elevan las manos a Dios porque únicamente de él puede venir la salvación. "Se solidariza con los desacreditados y difamados, con estas existencias marginadas que no encajan en el esquema del mundo sea por la razón de su sino, de su propia culpa o de prejuicios de la sociedad. Su suerte se empeora esencialmente por el hecho de que su situación hay que considerarla, de acuerdo con el dogma judío de venganza, como castigo de Dios, sin tener posibilidad de cambiar su situación. De modo que nada tienen que esperar ni del mundo ni de Dios. Y es a ellos a quienes Jesús dice: "Dichosos vosotros. . . (5).. Aquí encontramos a Jesús dentro de las coordenadas de los textos proféticos anteriormente citados.

La salvación que se ofrece a toda esta gente humilde y abandonada no es algo de tipo material. No se nombran las riquezas ni se les promete un puesto sin fatigas ni inquietudes, ni siquiera se les dice que dejarán de ser pobres, se les presenta la presencia del reino de Dios, el perdón de la culpa, el abrazo del padre, la puerta abierta y la esperanza de saber que "el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido" (Lc 19,10).

Este reino de salvación está fundamentado en un diálogo de amor y de comprensión. Nadie tiene permiso para criticar ni condenar, habrá que acoger a todos, ven-

gan de donde vengan, sin hacer preguntas humillantes ni inquisitorias. El ejemplo del padre del hijo pródigo sirve de guía, no importa que haya malgastado la herencia, lo que cuenta es que "estaba muerto, y ha vuelto a la vida; estaba perdido, y ha sido hallado" (Lc 15,32). Porque es un reino de justicia, se ofrece a todos en idénticas condiciones, no importa la hora de llegada, lo que interesa es que se ha respondido a la llamada. Es un reino para todos los peregrinos que bajo el peso de sus tristezas y amarguras suspiran por la liberación y caminan al encuentro de Aquel que se ha ofrecido como la salvación última: "Venid a mí todos los que sufrís y estáis oprimidos, y yo os aliviaré" (Mt 11,28).

Si encarnación significa tomar carne humana, y Dios se ha encarnado vaciándose en Cristo (Fil 2,6-7), hasta llegar a presentarlo como pecado a los ojos de los hombres (Gál 3,13; 2Cor 5,21; cf. Dt 23), es porque de tal manera ha entrado a formar parte de un contexto histórico determinado, que ha asumido su realidad con todas sus consecuencias. Jesús ha vivido intensamente los problemas de su tiempo, se ha encarnado con ellos al tiempo que ha dado una visión nueva a toda la realidad humana. Es cierto, no ha hecho política, ni se ha identificado con los intereses nacionalistas de los zelotas, pero ha asumido el clamor de los pobres introduciendo una visión diferente del hombre al transformar categorías, formas de ser y de pensar. Jesús viene para que la justicia triunfe, para que la verdad haga libre a todos (Jn 8,32) y para que nadie en este reino de Dios pueda sentirse más que otros. Para que las diferencias, que siempre han de existir, no sean humillantes, y para que el hombre luche por anular tales diferencias. Para que el opresor, sea del tipo que fuere, no siga oprimiendo; para que

(5) *Ibid.*, pp. 104-5.

el pobre, tratando de salir de su pobreza, sepa descubrir su grandeza en medio de tantas penalidades. La encarnación en medio de los hombres es un grito en favor del pobre. Por fin son ellos los evangelizados, los que podrán levantar la cabeza (6), porque el dolor, el sufrimiento y la misma muerte no son derrotas, sino pasos intermedios para obtener la victoria final, pero teniendo muy presente que habrá que luchar porque esos tiempos no sean demasiado amargos y en un esfuerzo común facilitar a todos el camino hacia la resurrección. No se confunda el reino de la justicia, con una aceptación estoica, con un no poder hacer nada por cambiar la situación. La presencia del reino es todo lo contrario a una resignación pasiva e impotente. Es la fuerza transformadora en busca siempre de nuevas metas e ilusiones. La gran angustia histórica del pueblo fiel que se sentía abandonado de Dios y humillado por los poderosos de la tierra ha encontrado en Jesús al verdadero defensor que les ha traído el consuelo del Padre, a la vez que ha condenado la injusticia del fuerte. De esta manera, la salvación del reino exige un esfuerzo por cambiar todo lo que está torcido, para poder ofrecer a Dios el mundo perfecto que salió de sus manos, así "la causa de Jesús es la causa de Dios en el mundo" (7).

Las enseñanzas de este reino muestran gran tensión por la "inmediatez", por el "presente inmediato" (8), que obliga a todos a una toma de conciencia respecto a sus interpelaciones existenciales. Hay un trabajo inmediato que hacer. Hay un mundo, en este ahora, que es obligado transformar; hay un hombre, en este instante, que es necesario impulsar hacia

adelante, mostrándole su valor creativo. La sociedad de Jesús vio en él a un personaje peligroso, porque se enfrentaba con las realidades concretas, sin temor a autoridades ni a leyes. Sus discursos están encarnados con el ambiente social que le toca vivir, de su propio contexto vital se vale para proponer sus enseñanzas. No idealiza al hombre ni a sus compromisos, sino que lo cuestiona allí donde está y en lo que hace. Este obrar de Jesús forzosamente tiene que preocupar al creyente de hoy, que no puede quedarse satisfecho más que cuando su fe se realiza en la identificación de los problemas de los hombres que le rodean.

Jesús al mismo tiempo que formula que las realidades esperadas se han hecho presentes, y que insta a que el ahora se viva intensamente, introduce una nueva tensión hacia el futuro que una vez más coloca al hombre en la espera.

3. CARACTER PEREGRINANTE DEL REINO

Jesús ha unido en su predicación el presente y el futuro, el ahora y el después, sin que sea posible ni inteligible el poder hacer entre estas dos realidades temporales división alguna. El "ya" y el "todavía no" se hacen uno. Se ha querido ver una contradicción en la predicación de ambas realidades, y se ha dicho que era imposible que formaran parte del mismo anuncio. Se ha intentado conciliar, admitiendo un cambio radical de perspectivas en el mismo Jesús, cambio que hubiera sido impuesto por el discurrir de los mismos acontecimientos. No es el momento de ponerse a polemizar, pero creemos que

(6) Cf. Küng, H.: *Ser cristiano*, Madrid 1975, p. 270.

(7) *Ibid.*, p. 268.

(8) Bornkamm, G.: *Jesús de Nazaret*, Salamanca 1975, p. 60.

desde la primera predicación de Jesús existe la tensión hacia el futuro. En sus parábolas es evidente la doble vertiente y "el pensamiento escatológico no se le puede haber impuesto a Jesús a causa de los acontecimientos, *sino que debe haber estado desde el comienzo, aun en el período galileo, en la base de su predicación*" (9).

Jesús, como hemos insinuado, acude al cumplimiento de las esperanzas proféticas para garantizar la nueva presencia de Dios entre los hombres. La esperanza del AT se ha realizado, pero no con ello habrían desaparecido las esperas. El *eschaton* final ha llegado, pero esto no supone que sea el fin. Si Jesús al aparecer en escena, anuncia que ha llegado el reino de Dios, enseñará a los suyos a pedir constantemente en la oración "venga tu reino" (Mt 6, 10; Lc 11,2). Y las promesas de las bienaventuranzas están dentro de esta tensión que obliga a tener los ojos puestos en el futuro. "El reino de Dios es futuro y presente a la par, no algo que se resuelva en el mero presente. Los pobres de la primera bienaventuranza no se hallan aún en el cielo, los que lloran no son todavía los rientes, de los hambrientos no se dice que miren su indigencia coma saciedad (Lc 6,20s; Mt 5,3s). Las primeras peticiones del padre nuestro (Lc 11; Mt 6) presuponen la cruda y áspera realidad de que el nombre de Dios es escarnecido y que su reino aún no está aquí. Pero, ni mucho menos, viene por ello Jesús a consolar en vistas a otro mundo distinto y mejor; porque Dios venidero está ya ahora actuando y organizando sus planes" (10).

Jesús ha puesto las bases para poder caminar, puesto que el reino de Dios es

camino y fuerza e irá haciéndose realidad en el mundo sin que nadie se de cuenta en el trabajo diario de cada uno. Así, como sin notarlo, la semilla se convierte en espiga (Mc 4,26-9), el grano de mostaza se hace árbol (Mc 4,30-32; Mt 13,31-32; Lc 13,18-19) o la levadura hace fermentar toda la masa (Mt 13,33; Lc 13,20-21). El reino de Dios va abriendo senderos y aquellos que los roten con su esfuerzo, gustarán en cada instante la presencia salvífica de la obra de Dios.

La presencia del reino es ahora trabajo del hombre. Al encarnarse con su situación vital, al emprender en cada momento una labor creativa en el lugar que le ha sido asignado, al luchar por la liberación en todos los campos, está anunciando la llegada de Dios. Con sus logros está haciendo realidad la ilusión divina de acercarse a todos. La dedicación del hombre por conseguir la paz, la libertad, la justicia y la vida (11) son esfuerzos que entran de lleno en los intereses divinos y van proclamando la presencia de Dios entre los hombres. El trabajo le hace descubrir al hombre su proyección trascendente, que está mucho más allá del propio esfuerzo humano. Esta proyección salvífica del trabajo humano, no podrá nunca apropiársela el hombre como si fuera fruto de su propio esfuerzo, es el mismo Dios quien lo ha querido desde el primer momento de la creación (Gn 1,28), el reino es un don (Lc 12, 32) que multiplica las posibilidades del hombre. Al acercarse Dios, el hombre puede caminar hacia él y se hacen uno en el esfuerzo por transformar cada etapa de la vida. De esta manera, el hombre se convierte en creador, al tiempo que confiesa a Dios como Señor de cada momento histórico hasta que venga definitivamente.

(9) Schweitzer, A.: *El secreto histórico de la vida de Jesús*, Buenos Aires 1967, p. 39.

(10) Bornkamm, G.: *El Nuevo Testamento y la historia del cristianismo primitivo*, Salamanca 1975, p. 24.

(11) Cf. Kasper, W.: *Ibid*, p. 88.

Tenemos, pues, que la propia historia del hombre, llega a formar parte de la misma historia de la salvación. El hombre en su peregrinar, al tiempo que vive, espera. Cuando construye y transforma, va planificando y haciendo proyectos para el futuro. De esta manera, se siente insertado en el reino de Dios, que siempre le está mostrando nuevos campos de acción, nuevas veredas de trabajo, sin que nunca y a nadie, le esté permitido el cruzarse de brazos. "En el mensaje de Jesús sobre el futuro del reino de Dios hay una sobrea-bundancia de promesas; abre las puertas a una esperanza que sigue incumplida. Se colmará sólo cuando Dios verdaderamente sea "todo en todo" (1 Cor 15,28). Esta tensión escatológica tiene que imprimir su impronta a toda la cristología. Tiene que desarrollarse respondiendo a la esperanza del hombre" (12).

El hombre viviendo en el presente, mira al futuro, y esperando en el después, da sentido al ahora. Camina como un peregrino que lleva consigo las arras, el viático de su salvación. Para el creyente, según san Juan, 18, no hay antes, ahora o después, sino que todos los momentos forman un *unum*, y el que cree ya está salvado, así como el que no cree ya está juzgado, es decir, condenado. Cuanto más el hombre se entrega al hoy, más fuerzas toma para el mañana; cuanto más es lo que espera, mayores son sus sacrificios y fatigas para vivirlo y alcanzarlo en cada instante. Su carácter de peregrino, le obliga a una dedicación a tiempo completo en la construcción de un mundo más humano y más de Dios. "Es desde el futuro desde donde debe instalarse el hombre en el pre-

sente. Es desde la esperanza desde donde el mundo y la soledad actuales deben ser no sólo interpretadas, sino cambiadas. Jesús no quiso impartir enseñanzas sobre el fin, sino emitir una llamada para el presente a la vista del fin" (13).

4. EL ENCUENTRO CON JESUCRISTO

La pregunta del Maestro a sus discípulos: "Quien decís vosotros que soy yo?" (Mt 16,15; Mc 8,29; Lc 9,20), sigue en vigencia para todos los tiempos y generaciones. Sus contemporáneos no dieron con la respuesta justa, únicamente Pedro guiado por el Padre, revela la transcendencia de Jesús (Mt 16,14.16-17; Mc 8,28; Lc 9,19). La historia conoce mil contestaciones diferentes y en la actualidad tenemos presentaciones de Jesús que van desde las interpretaciones de los movimientos juveniles de California hasta la teología de la revolución (14) pasando por la teología política y de liberación hasta la llamada teología salvaje (15). Habrá que andar con suma cautela para no secuestrar al auténtico Jesús en medio de tantas opiniones.

El secuestro puede venir por un doble camino. Durante demasiado tiempo, el teologismo sobrenaturalista ha desfigurado la imagen de Jesús. Con suma frecuencia, sus fórmulas dogmáticas han venido a seccionar a Jesucristo en diferentes compartimientos estancos, convirtiendo al cristiano en un creyente de tesis, que la escuela venía repitiendo, pero que nada o muy poco evocaban al fiel de la calle que se sentía existencialmente muy alejado de semejantes credos. No había una relación experiencial entre sus confesiones y su

(12) Kasper, W.: *Ibid*, p. 95.

(13) Küng, H.: *Ibid*, p. 279.

(14) Cf. Eisler, R.: *Jesous basileus ou basileusas*, 2 vol, Heilderberg 1929-30; Carmichael, J.: *The Death of Jesus*, New York 1962; Brandon, S.G.F.: *Jesus an the Zealots*, Manchester 1967; Lehmann, J.: *Jesus-Report*, Düsseldorf 1970.

(15) Roloff, J.: *Auf der Suche nach einen neuen Jesusbild*, ThLZ 98 (1973) pp. 561-572.

vida real. Tampoco podemos caer hoy en el extremo contrario, manipulando las palabras y acciones de Jesús de tal manera, que de nuestras exposiciones se haya de deducir que Jesús fue un revolucionario o agitador político. No está permitido presentarlo como un socialista inconforme con las estructuras sociopolíticas de su tiempo y que intente cambiar una sociedad injusta con una nueva doctrina social.

Jesús, el Cristo, es mucho más. Su programa no podrá nunca resumirse a unos presupuestos humanitarios, por nobles que éstos sean, ni tampoco se podrá quedar satisfecho, si no se es capaz de superar la simple significación social de sus actuaciones. Al mismo tiempo, tampoco se le hace justicia exponiéndolo únicamente como objeto de fe, con el que se haya de entrar en contacto por medio de un diálogo de recogimiento, confesando sus prerrogativas divinas.

Pienso que es partiendo del Jesús de la historia como hay que intentar establecer una línea continua entre el Jesús de carne y hueso, y el Cristo predicado y confesado por los primeros predicadores, intentar separar el uno del otro, es una pura ficción (16). Hay que llegar a "la convicción de la unidad personal entre el Jesús que predicó el reino de Dios a los hombres, el que fue constituido Cristo a partir de la resurrección, y el que, presente en la iglesia, ofrece reconciliación, gracia y perdón de los pecados por su Espíritu, llevó a los primeros creyentes a unir esos dos nombres, el que designa su singularidad

histórica (Jesús) con el que describe su función teológica para los hombres (Cristo), de donde ha surgido el nuevo y definitivo nombre de Jesucristo, siendo así inseparable la fe de la historia, el enclave histórico y la significación teológica" (17).

Sin prescindir, pues, de la transcendencia de Jesús, confesando y reconociendo sus títulos mesiánicos que lo constituyen en el enviado del Padre y nos lo proponen como objeto de nuestra fe, nos detendremos en el Jesús encarnado en la realidad histórica de su tiempo, que con sus actuaciones y formas de ser se presenta como paradigma de toda acción salvadora para el mundo de hoy. Su vida es "necesariamente un pedazo de la vida del propio escritor" (18), es él quien "resulta definitivamente irrecuperable para el acomodo y el oportunismo" (19) de muchas conductas que pasan injustamente como cristianas, y "aproximarse al hombre Jesús de Nazareth en quien Dios se hizo carne; indagar no sólo por su enseñanza, sino por su vida que es lo que da a su palabra un contexto inmediato y concreto, es una tarea que se impone cada vez con mayor urgencia" (20). Es él quien interpela mucho más que el Cristo de la fe, que tiene el peligro de presentarse más estático, más teologizado, menos asequible y también menos real. Para el carácter pragmático y materialista del hombre moderno, falto de tiempo y miedoso a enfrentarse consigo mismo, resulta mucho más interpelante el Jesús que actúa y que

(16) Cf. Bonhoeffer, D.: *Quién es y quién fue Jesucristo? Su historia y su ministerio*, Barcelona 1971 p. 47.

(17) González de Cardedal, O.: *Jesús de Nazaret, aproximación a la cristología*, Madrid 1975, pp. XI-XII.

(18) Boff, L.: *Jesucristo el liberador*, Bogotá, 1977, p. 26.

(19) Miranda P.: *El Ser y el Mesías*, Salamanca 1973, p. 9.

(20) Gutiérrez, G.: *Teología de la liberación* Salamanca 1972, p. 298.

predica que el Cristo, sin que se le pueda olvidar.

El Jesús peregrino no se atiene a esquemas ni a doctrinas aprendidas, él es creador de nuevas situaciones, es el hombre libre que va dando libertad a quienes se entregan a la verdad sin mitificaciones ni componendas de ninguna clase. Ese Jesús va preguntando constantemente, a nadie deja en paz y a todos pone en crisis. Ese es el Jesús peligroso. Se es consciente, que el Cristo de la fe no es menos peligroso, pero parece como si se le pudiera contentar más fácilmente. Hay que convenir que las actuaciones de Jesús son provocativas (21) para todos, para los de la izquierda y los de la derecha. A este Jesús nunca se le podrá acallar ni confundir con una piedad fácil y dulzona. "Quizá respiraría más de uno, no ya en el mundo, sino incluso dentro de la comunidad eclesial, y sentiría ganas de seguir a Jesús, si no se le restregase continuamente por los ojos el catecismo. Incluso entre los eclesiásticos y maestros se puede ver cómo la fe es cosa rara, hasta un milagro, en tanto que la quimera piadosa se vende por arrobas a precios mínimos" (22), y todo porque "el Dios del catecismo no es muy seductor" (23), tal vez por estar demasiado sofisticado.

Se ha trabajado mucho con la razón, hasta el punto de haber llegado a estructurar a Dios según nuestras propias categorías. Ciertamente que son ellas las que nos tienen que servir para hablar de él, pero Dios también tiene su propio idioma: "Con la razón buscaba a Dios racional que iba desvaneciéndose por ser pura idea, y así paraba en el Dios Nada a que el panteísmo conduce, y en un puro feno-

menismo, raíz de todo sentimiento de vacío. Y no sentía al Dios vivo, que habita en nosotros, y que se nos revela por actos de caridad y no por vanos conceptos de soberbia. Hasta que llamó a mi corazón, y me emitió en angustias de muerte" (24). Es bien sabido, que sin la fe toda la obra de Jesús puede quedar reducida a un simple humanismo y condicionaba a unos datos históricos más o menos comprobados, es precisamente la fe quien descubre toda la fuerza del actuar de Jesús y es por medio de ella que el hombre llega al encuentro de Jesucristo que le sigue proponiendo la cuestión fundamental del evangelio: *Tú quién dices que soy yo?*

1. Constantes del actuar de Jesús

Jesús que no ha venido a abrogar la Ley, sino a llevarla a su perfección (Mt 17-19), no se siente escrupulosamente atado por sus prescripciones (Mc 2,23-28), más, teniendo una autoridad superior a los legisladores anteriores, incluso mayor que la de Moisés, se atreve a colocarse sobre la misma Ley (Mt 5,21-48). Jesús se presenta de este modo como el hombre libre ante esquemas preconcebidos, tradiciones, interpretaciones y formas de proceder que se habían hecho carne en el mismo pueblo elegido. Su misión es crear una nueva atmósfera divina, donde las relaciones entre criatura y Creador no van a estar presididas por formas jurídicas, sino que las va a cambiar por otras más existenciales como pueden ser la paternidad y filiación.

Jesús al relativizar leyes e instituciones no pretende aniquilar el patrimonio here-

(21) Küng, H.: *Was ist die christliche Botschaft?*, Conferencia en el Congreso Internac de Teología de Bruselas del 12 al 17 de septiembre 1970, p. 2.

(22) Käsemann, E.: *La llamada de la libertad*, (Salamanca 1974), p. 189.

(23) Duchesne, J.: *Dios para el hombre de hoy*, (Barcelona 1972), p. 162.

(24) De Unamuno, M.: *Diario íntimo*, (Madrid 1970), p. 15.

dado de los mayores, sino que busca el sentido profundo y dinamizador que obligue en definitiva a optar por el amor que todo lo hace bueno. Al desmitizar la ley, acerca mucho más el hombre a Dios; mostrando cuál es el verdadero puesto de la ley, que no es hacer siervos o esclavos de una norma, sino hombres libres, enseña el verdadero camino para llegar a Dios. La moral que él enseña es pragmática y humana: "El sábado ha sido instituido para el hombre y no el hombre para el sábado" (Mc 2,27), y en la misma sinagoga pregunta a los entendidos de la Ley: "Es lícito en sábado hacer el bien en vez del mal, salvar una vida en vez de destruirla?" (Mc 3,4). El da la contestación, curando la mano paralizada de uno de los presentes (Mc 3,5). Esto debía sonar a blasfemia a los oídos de escribas y fariseos, pero Jesús entre el hombre y la ley, optará siempre por el primero.

Jesús viene a cumplir la voluntad olvidada del Padre que exige pureza de corazón, circuncisión del egoísmo y pide "buscad primero el reino de Dios y su justicia" (Mt 6,33). La voluntad de Dios nunca podrá confundirse con un cuadro de orden legal rígidamente establecido. El Dios de Jesús no es un Dios cuadriculado por detalles casuísticos desprovistas de fuerza interpelativa, sino el Dios de los padres vivo, fiel y operante en la historia. Así el hombre de Jesús es aquel que camina movido por la *dynamis* del Espíritu que con su creatividad lo va acompañando en todas sus acciones; es el que anda en verdad, sin preocuparse si hasta aquí llega la obligatoriedad o acá se termina, es el auténticamente libre que nada tiene en común con caprichos o libertinajes.

Una de las grandes preocupaciones de Jesús, ya lo hemos indicado, ha sido el pobre, el abandonado, el perseguido por causa de la justicia, el sin ley y a quien la ley reclama u olvida. Eligió a los suyos

entre aquellos que con suma probabilidad, no tenían tiempo de acudir a las lecciones de la sinagoga. No tuvo inconveniente en llamar a Simón, el Zelota, y a Mateo, el recaudador de impuestos, enemigos entre sí, y opuesto el primero a la autoridad romana y mal visto el segundo por el pueblo judío. No le importó pasar por "comilón y bebedor" (Mt 11,19-; Lc 15,2) con tal de dar lecciones a los ricos, a quienes previene haber recibido el consuelo (Lc 6,24-26). El pecador a quien no condena, el abandonado a quien acoge, el niño a quien defiende son sus más prójimos. Por ellos preguntará el Padre en el momento de encontrarse cara a cara con el hombre al final de los tiempos (Mt 25, 34-45).

Si Jesús ha identificado el reino de Dios con las causas del pobre, su mensaje no es ningún manifiesto político de tipo revolucionario. Los ecos de su predicación llevan la preocupación y la condena de las situaciones injustas y defiende, identificándose con sus sufrimientos, a la gran masa de marginados; pero Jesús renuncia a la violencia para obtener la liberación: "Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odien, bendecid a los que os maldigan, rogad por los que os difamen" (Lc 6,27-28; Mt 5,38-48). Aquí radica la gran revolución implantada por Jesús. Que no indica pasividad, que no significa no hacer nada por cambiar lo que está torcido, pues él mismo pedirá cuentas a quien le golpea sin razón alguna (Jn 18,22-23), cuando había hablado de presentar la otra mejilla a quien te pega (Lc 6,29), pero nada sabe de odios ni divisiones, y en la parábola del buen samaritano (Lc 10,29-37) contesta quién es el prójimo poniendo a un enemigo del pueblo como ejemplo. Al tiempo, condena la conducta de los de casa, explícitamente la del sacerdote y la del levita, hombres preocupados por las cosas de Dios, pero alejados de los problemas de los hombres.

La parábola del hijo pródigo, la enseñanza de que hay más alegría en el cielo por un pecador que hace penitencia que por todos los justos que no la necesitan, muestra a las claras que Jesús no pensó nunca en separatismos políticos ni sociales, que jamás en sus enseñanzas o actitudes provocó a la rebelión como un demagogo, sino todo lo contrario, predicando el perdón de Dios, no hablando de condenaciones ni de partidismos, sino de salvación, abría las puertas del reino de Dios a todos sin excepción.

No podemos olvidar al Jesús taumaturgo. No tocamos el difícil y espinoso problema de los milagros, pero a ningún crítico le está permitido el borrarlos de un plumazo porque sea un tema incómodo. Aunque hubiera que reconocer, que los números se multiplican fácilmente en la tradición oral, que el ambiente helenista en el que se desarrolla buena parte de la primera reflexión del mensaje neotestamentario, era un terreno muy abonado para la creación de narraciones milagrosas, aunque también tengamos que admitir que no únicamente de nuestro personaje afirma la historia de su tiempo que haya realizado acciones taumatúrgicas e igualmente convengamos en la fuerza de convocación de algunos santuarios por sus curaciones extraordinarias, nada de esto se opone a que tengamos que confesar que también Jesús realizó acciones semejantes, como queda más que garantizado por la primera tradición del NT. Poco importa, en esta ocasión, si eran frutos de la fe que tenían las personas agraciadas en Jesús, lo cierto es que las turbas han descubierto en él poderes sobrenaturales. La ciencia popular no llegaba a plantearse el problema de si aquellos acontecimientos rom-

pían o no la sintonía de las leyes de la naturaleza, aquellas gentes no entendían de eso, pero lo que es evidente, es que ellas experimentaban el poder especial de Dios en las acciones milagrosas de Jesús. De ahí su admiración y asombro.

La autoridad que Jesús reclama para sí no tiene punto de comparación con cuanto conocemos en la tradición rabínica. Ya hemos visto su posición crítica y liberadora frente a la Ley. La expresión *ἐγὼ δὲ λέγω* (25), en el contexto empleado por Jesús (cf. Mt 5,21-48), no tiene paralelismo alguno en la tradición judía. Los rabinos la usaban para expresar las diferentes opiniones entre ellos mismos, pero "Jesús se opone no a otro rabino, sino a la Escritura y al mismo Moisés" (26). Unida a esta frase tenemos la palabra *amen*, (27) que viene a significar "ciertamente", "así sea" que se empleaba como respuesta de asentimiento a las enseñanzas de la Escritura o a las sentencias de otro. La novedad de los evangelios está en que la presentan en labios de Jesús como introducción a sus enseñanzas, queriendo solemnizar e imponer, con firmeza y autoridad, su palabra.

La expresión más original y atrevida de Jesús la encontramos en el uso que hace de *Abba* (28) para dirigirse a Dios. A los rabinos forzosamente les tenía que sonar a blasfemia a no ser que reconocieran en él al enviado de Yavé. Ellos nunca hubieran osado echar mano a este término para invocar a Dios, porque: *Abba* pertenecía al lenguaje infantil, era una palabra vulgar, una expresión de cortesía. Habría sido irrespetuoso, dada la sensibilidad de los contemporáneos de Jesús; más aún, a éstos les habría parecido

(25) Käsemann, E.: *Ensayos exegéticos*, (Salamanca 1978), p. 180.

(26) *Ibid.*, p. 180.

(27) Cf. Jeremias, J.: *Teología del Nuevo Testamento*, vol. I., (Salamanca 1974), pp. 50-51.

(28) Cf. *Ibid.*, pp. 80-87.

inconcebible dirigirse a Dios con un término tan familiar" (29).

Las diferencias que encontramos al querer establecer una comparación entre Jesús con rabinos y profetas, se centra en que Jesús no se siente aprisionado por las enseñanzas de los mayores, ni del mismo Moisés, ni acude a oráculos de Yavé para garantizar la autenticidad de sus exposiciones, sino que se apoya en el poder creativo de sus mismas palabras. Su doctrina no concuerda con los parámetros admitidos por sus contemporáneos y esto obliga a las turbas a confesar, que enseñaba con autoridad, no como los escribas (Mt 7,29), y exclamaban admirados: "Que es esto? Una doctrina nueva expuesta con autoridad!" (Mc 1,27), y si los escribas gritaban: "Está blasfemando" (Mc 2,7), la gente glorificaba a Dios diciendo: "Jamás vimos cosa parecida" (Mc 2,12). "Esto basta para formular: Con una soberanía sin igual, Jesús pudo superar el texto de la torá y la autoridad de Moisés. Esa soberanía no sólo quebrantó los fundamentos del judaísmo tardío y fue la causa decisiva de su muerte, sino que además trastornó la concepción que la antigüedad tenía del mundo, con sus antítesis ante lo cultural y lo profano y su demonología" (30).

De estas constantes del actuar y de la predicación del Jesús, nos es lícito deducir los primeros vagidos y fundamentos de la cristología. Ellas prestarán las bases que más tarde servirán para la reflexión de la comunidad que irá descubriendo paso a paso la última transcendencia del profeta y del rabino de Galilea.

2. El móvil del Reino, el amor

Jesús no es amigo de discursos magistrales ni de planificaciones programáti-

cas a largo plazo. Su doctrina no tiene trazas de especulación alguna. Ve al hombre como es, y como tal lo quiere salvar. Sueña con una comunidad de amor para todos los hombres. El amor que exige a los hombres entre sí, es concreto y existencial; como concreto y existencial debe ser el amor a Dios. Jesús ha igualado y colocado en la misma línea ambos amores (Mt 22,37-40; Mc 12,29-31; Lc 10,27; Jn 13,34-35). Nos vemos obligados, una vez más, a recordar la parábola del buen samaritano (Lc 10,29-37), donde Jesús contesta a la pregunta de quién es el prójimo, con una de las lecciones más bellas y comprometidas que puedan leerse en los relatos evangélicos. El buen samaritano responde a las necesidades del abandonado sin preguntarle por su nacionalidad, por su partido político o por su confesión religiosa. El presta una ayuda concreta en el momento concreto que se le ha presentado la ocasión. No se cuestiona sobre la conveniencia ni sobre las dificultades que le pueden sobrevenir por tal acción; él obra sin pararse a meditar sobre si el malherido sería un bandido, un ladrón que estuviera pagando justamente su culpa, un perseguido por la justicia. No hace moral alguna. El se pone en camino con el herido, asume sus dolores como si fueran propios, se identifica con él. Acoge a este desconocido, como si fuera uno de los suyos. Y Jesús termina su lección: "Vete y haz tú lo mismo" (Lc 10,37).

El amor que Jesús enseña tiene un carácter acúltico. No se acuerda del templo ni de su liturgia al exigir el amor fraterno, en la noche de los tiempos no preguntará por acciones culturales, sino por las preocupaciones que cada cual mostró por el sediento, el desnudo, el enfermo, por el que no pensaba como la ley y estaba encarcelado, porque "cuanto hicisteis a

(29) *Ibid.*, p. 86.

(30) Käsemann, E.: *Ibid.*, p. 182.

unos de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis" (Mt 25,40). Y san Juan enseñará que es mentiroso todo aquel que dice amar a Dios, cuando aborrece al hermano (1Jn 4,20). Nunca Dios aceptará una ofrenda que lleve mezcla de odio, rencor o división con los hermanos los hombres (Mt 5,23-24). Jesús sabe muy bien, por la práctica religiosa de su tiempo, que uno no debe quedarse tranquilo por creer llevar las cuentas claras con Dios por haber cumplido cuanto la Ley y las obligaciones cultuales le exigían (Lc 18,9-14), sin que las miras por el prójimo sean demasiado generosas. Por eso, en ningún caso, tradiciones u oficios divinos podrán eximir al hombre de sus responsabilidades con los hermanos. Nunca podrá alguien escudarse diciendo, tenía que hacer primero este acto religioso, porque es también Jesús el que asegura: "Qué bien violáis el mandamiento de Dios, para conservar vuestra tradición!" (Mc 7,9).

El único termómetro que Jesús nos ha dejado para estar ciertos de amar a Dios, es el amor al prójimo. Aquí es donde radican las dificultades del cristiano, porque todos sabemos quién es el prójimo, pero a distancia. A la distancia suficiente para que no nos ponga dificultades y de esa manera nos salimos por la tangente, pero sin tocar la realidad evangélica. "A cierta distancia todos conocen al prójimo: pero solamente Dios sabe qué pocos le conocen de hecho y de cerca. Y, sin embargo, a distancia el prójimo no es más que una simple ilusión: él, cuyo nombre proviene del hecho de que está cerca, el primer hombre que se presenta, todo hombre sin restricción. A distancia, el prójimo no es más que una sombra que flota imaginariamente ante el pensamiento de cada hombre; pero que el hombre que pasó delante de él en ese momento haya podido ser el

prójimo, desgraciadamente quizás él no lo descubra" (31).

Toda la fuerza de la ética de Jesús queda condensada en ese amor efectivo y real que se vive en el contacto diario con el hermano, y en ese codo a codo es donde hay que descubrir y llegar al encuentro con Dios. Jesús no piensa en una filantropía, sino en un amor que es trascendente. Ama y manda amar al hombre por lo que él es y por lo que supone su propia realidad humana, pero transpasando la simple textura y superando todo egoísmo. Quiere llegar a Dios por el hombre. Y nunca el hombre podrá cansarse de amar, nunca podrá encontrar una excusa que lo libere de esta obligación, puesto que es la única ley que no tiene excepción.

Dentro de la dialéctica del amor entre la corrección fraterna (Mt 18,15-17; Lc 17,3-4), es el esfuerzo que cada uno debe hacer por la buena convivencia en la comunidad. No hay gritos, reproches o el permitirse la libertad de tomarse la justicia por la mano. Es la hermandad, el amor, el perdón quien dicta cuanto hay que hacer para evitar desenlaces trágicos. Otra vez servirá de ejemplo el padre del hijo pródigo, que recibe a quien había derrochado la herencia, con una fiesta, sin preguntarle dónde había estado ni qué había hecho. Lo que importa es que estaba perdido y ha vuelto a la casa paterna (Lc 15,11-32). Nadie podrá llevar cuentas de cuántas veces ha sido ofendido, pues siempre tendrá que estar dispuesto al perdón (Mt 18,21-22), y de la misma manera que se pide al Padre común que se olvide de las propias deudas, igualmente habrá que perdonar a los propios deudores (Mt 6,12; Lc 11,4). El mismo Jesús ha dejado el ejemplo al interceder ante el Padre por

(31) Kierkegaard, S.: *Vie et régime de l'amour*, (Paris 1946), pp. 92-93.

aquellos que le están crucificando (Lc 23,34).

El perdón no consiste únicamente en tender la mano amistosamente a quienes nos han ofendido y arrepentidos se acercan en demanda de perdón, sino que abarca el orar por aquel que se encuentra recalcitrante o no perdona las deficiencias que haya habido contra él. La oración y el perdón comprende a todos, aun a aquel que se coloca de frente, que él mismo se considera enemigo (Lc 6,27-35), pero quedando bien claro, que el discípulo de Jesús no podrá juzgar a nadie como enemigo.

Las exigencias de Jesús se alargan hasta salvaguardar la personalidad de cada uno: "No juzguéis, para que no seáis juzgados" (Mt 7,1). Se trata de salvar la libertad de todos, ella aparece como coto prohibido para el otro. No por abandono, sino por respeto, porque los derechos del hermano son inalienables. El prójimo que amo, que defiendo y perdono, no está sometido a mi propio juicio (32), sino que debo saber respetar su propio pensar sin mezclarme en su interioridad con mis juicios.

Esta doctrina es reaccionaria para el hombre de hoy, para el cristiano y para la misma iglesia de Cristo. Tantas condenaciones, sin haber oído al acusado, tantos juicios condenatorios por opiniones que, tal vez, están más cerca de la ley de Cristo, que de las leyes eclesiásticas! No se ha meditado lo suficientemente sobre esta enseñanza que llevaría a examinarse sin piedad para concienciarse de los propios defectos, y de esta manera prohibirse a sí mismo el constituirse juez y dueño del otro. "No tienes excusa, quien quiera que seas, tú que juzgas, pues juzgando a otros, a ti mismo te condenas, ya que

obras esas mismas cosas que tú juzgas" (Rom 2,1).

El hombre moderno, sensible en este campo de su propio pensar, no soporta que alguien se interne en el santuario de su pensamiento. Al menos exige respeto, un silencio ante la diversidad de opiniones. Lo que quieras para ti, evítaselo a otro, no condenes para no ser condenado (Lc 6,37). Ya no se trata de perdonar o corregir, sino de saber respetar diferentes pareceres que pueden venir a perturbar mi verdad tranquilamente poseída y que pudiera ser que estuviera anquilosada o equivocada.

De estas consideraciones, se desprende como conclusión necesaria el respeto a la libertad de los demás. El Jesús libre ha defendido la libertad del otro, cuando él mismo con sus actuaciones se presenta como el liberador de los hombres. A sus discípulos se les impone comprender y acoger respetuosamente la forma de ser y de pensar de los demás. Jesús únicamente ha condenado a los oficiales de Dios, a quienes duramente ha tratado de injustos por imponer cargas que ellos mismos no podían sobrellevar, por no entrar ni dejar entrar (Mt 23,1-36; Lc 11,39-54).

Es un deber de justicia el saber entablar un diálogo con quien está al otro lado. El Jesús dialogante nos interpela también por quien piensa diferente que nosotros. En su oración final pide al Padre que todos sean uno (Jn 17,21-23). Seguramente que no habla de uniformidad en el ser y en el comportarse, pues la variedad de miembros y funciones (Rom 12,3-8; 1Cor 12,4-12) exige la riqueza de diferentes actividades y también de opiniones con las que se beneficia la comunidad.

(32) Braun, H.: *Jesús, el hombre de Nazaret y su tiempo*, (Salamanca 1975), p. 129.

Habrá siempre que condenar actuaciones que lesionen los derechos de los demás. Y sin querer hacer de moralista, señalando hasta dónde s , hasta dónde no, pensamos que en un mundo de pareceres tan diferentes, de filosofías tan distantes y ante la transformación de opiniones y culturas condicionantes que van dando lugar al surgimiento de nuevos planteamientos en todos los campos del saber, se impone la compresión generosa del amor que todo lo soporta y comprende (1Cor 13,4-7), pero que no se puede excusar la injusticia y del desprecio.

3. La  tica del Reino

Habría que entrar en la misma realidad humana para descubrir en ella las mil preocupaciones que le atormentan. El hombre, por donde se le mire, es un ser inacabado e insatisfecho. Puede poseer cuanto le apetezca y sentirse como un pordiosero, mendigando nuevas riquezas, sean del orden que fueren. El hombre es una lucha entre lo que tiene y desea conseguir; entre lo que es y no quiere dejar de ser; entre lo que apetece y no puede alcanzar. El hombre lleva en sí mismo los elementos de la contradic n. A este hombre le preocupa el presente y el futuro. En el ahora no se  xplica el dolor, la guerra, el odio, la tiranía, el legalismo; el después lo encuentra todo cubierto de sombras, misterios e inseguridades. El hombre en su indigencia exige una respuesta a todas sus preguntas y cuestionamientos. Va rastreando los distintos campos del saber humano para detenerse all  donde se le ofrezca tranquilidad para sus interrogantes. La historia conoce diferentes soluciones que han intentado saciar los deseos humanos. Entre ella ocupa un

lugar preferente la presentada por Jesús de Nazareth.

Ya hemos dicho, que Jesús desde el primer momento anuncia que el tiempo de la salvación, se ha hecho presente, y en su predicación comienza con una urgencia: "Convertíos y creed en el evangelio" (Mc 1,15). "Conversión significa no sólo regreso contrito hacia el interior de sí mismo, sino abrirse hacia el futuro de Dios; un movimiento. . . no hacia atrás sino hacia adelante" (33). La metanoia evangélica "no consiste sólo en la reparación de una falta pasada, sino también y éste es el carácter que predomina, *en una renovación moral en vista de la realización futura en un estado de universal perfección moral*" (34). Es un cambio de mentalidad que tiene presente los tres tiempos: pasado, presente y futuro. El pasado es algo ya vivido, que puede servir de ejemplo de cómo no hay que obrar, cómo hay que rectificar la dirección; el presente es una urgencia a tomar una decisión transformadora con proyección futura, es una apertura creativa nueva que obliga a una revisión constante de lo conseguido. El presente, por lo tanto, nos hace mirar al futuro y en él nos coloca.

El tema de la conversión es una herencia del AT, muy presente en la tradición deuteronomista (35) y particularmente querida por la profética. La conversión no podrá hacerse nunca consistir en una piedad fácil y sin riesgo alguno, ni tampoco en abluciones tranquilizadoras (Is 1,13-15; Jer 11,15; Am 4,4-5; 5,21-23), sino en una conducta recta y justa: "Lavaos, limpiaos, quitad vuestras fechorías delante de mi vista, desistid de hacer el

(33) Bornkamm, G.: *Ibid*, p. 25.

(34) Schweitzer, A.: *Ibid*, p. 45.

(35) Cf. Wolf, H. W.: *Das Kerygma des Deuteronomistischen Geschichtswerkes*, ZAW 73 (1961) pp. 171-186.

mal, aprender a hacer el bien, buscad lo justo, dad sus derechos al oprimido, haced justicia al huérfano, abogad por la viuda" (Is 1,16-17). Yavé es quien se complace en el derecho y en la justicia, al tiempo que pide que fluya "el juicio como agua" (Jer 9,23) y la justicia como arroyo perenne (Am 5,24). Es en el día del Señor que Dios mandará hambre y sed, pero no de pan ni de agua, sino de su Palabra (Am 8,11) y condenando toda acción injusta (Am 8,4-8), se buscará a Dios para poder vivir (Am 5,4) y ¡ay de aquellos que llamen al mal, bien! (Is 5, 20-23).

En este contexto podemos descubrir el significado de las bienaventuranzas, que constituyen un canto a la justicia que ha de brillar en el último día del reino de Dios, y ellas son el mejor comentario al "se anuncia a los pobres la Buena Nueva" (Mt 11,5), porque son los pobres los únicos capaces de conversión y sólo en ellos se puede encontrar a Dios. Pobre es todo aquel que se siente menesteroso, indigente de algo, necesitado de aquello que no posee y que no puede alcanzar con su propio trabajo y tiene que esperarlo de Dios. "Pobre es: el desvalido, el indigente de salvación que la espera confiadamente de la misericordia de Yavé, que escucha el clamor de los pobres (cf. Sal 9, 13; Job 34,28; Prov 21,13)" (36). No podrán convertirse los autosuficientes, los que nada necesitan, quienes piensan que todo lo tienen al alcance de la mano. El pobre ve la angustia de su ser y sufre en su misma médula las necesidades de su existencia y experimenta que por sí mismo, aunque pueda conseguir el mundo, no tiene consistencia ni soporta que le garantice la última seguridad.

Es en el pobre donde el reino de Dios levanta ánimos, da sentido al presente y esperanza para el después. Una nueva dimensión de las cosas aparece. En adelante el hombre que se deje ganar por la realidad de la predicación de Jesús, podrá sentirse satisfecho y realizado en sus aspiraciones más nobles. Su ser y su trabajo se ven transformados por la visión trascendental que Jesús ha dado a todo el hacer del hombre. La dinamicidad del reino de Dios le obligará a un esfuerzo por la renovación y el progreso y al final de la jornada no se verá roto por haber descubierto en Jesús la solución definitiva.

La ética del Reino no es una panacea infantil que se ofrezca sin sacrificios ni penalidades. Es quien posibilita una visión diferente de todo cuanto rodea a la existencia humana, pero no ahorra fatigas ni sudores la revolución transformadora de las situaciones de cada momento. Jesús impone cambiar el mundo, impulsarlo hacia delante. "El reino de Dios es ya revolución y la transformación total, global y estructural de esta realidad, del hombre y del cosmos, purificados todos los males y llenos de la realidad de Dios. Reino de Dios no quiere ser otro mundo, sino el viejo mundo transformado en nuevo" (37).

Esto exige un replanteamiento total de las aspiraciones del hombre y de la antropología cristiana del trabajo. El hombre no puede ser una ficha, ni un número, y mucho menos un juguete, objeto de intereses egoístas y creados que lo puedan manejar como a un peón de ajedrez. No puede ser manipulado, según el capricho de los poderosos. Es un auténtico creador, libre, que posee y tiene en sus manos las posibilidades de una realización plena. El

(36) Matellán, S.: *Ibid*, p. 23.

(37) Boff, L.: *Ibid*, p. 72.

no puede venderse al mejor postor. Ha encontrado en Jesús al que tiene palabras de vida eterna (Jn 6,68) y ha apostado por él entregándose a su causa, descubriendo en la escala de valores la dirección y el precio de cada uno de ellos. Tiene como norte el Reino, que no admite medios esfuercos, pero tampoco injusticias.

La conversión lleva consigo unas con-signas y pautas de conducta que se deben traducir en la vida práctica en algo real y concreto. No se hace presente el Reino únicamente merced al trabajo social y humanista, que lucha por la igualdad y porque la justicia triunfe en toda actividad humana, a este esfuerzo es necesario añadir el seguimiento (38) que surge espontáneamente de la fe que nos garantiza que la mano de Dios ha acompañado todo el hacer de Jesús. Sin esta vertiente nos quedamos precisamente sin la realidad que da el sentido absoluto y definitivo al esfuerzo del hombre.

El seguimiento conlleva un desprendimiento total del egoísmo y un saber descubrir el valor del sufrimiento: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame" (Mc 8,34). Todos los hombres, creyentes o no, caminan bajo el peso de la cruz de la vida. El cristiano tiene la seguridad de seguir un sendero ya andado por quien ha marcado

las líneas divisorias. Habrá que dejarse llevar, haciéndose como niños (Mt 18,2), desprendiéndose de todo aquello que pueda ser un rémora impidiendo seguir el paso, por eso habrá ocasiones que uno tenga que desprenderse de padre, madre, hermanos y hermanas y hasta de la propia vida (Lc 14,25-27; Mt 18,8-9). La instancia a la conversión, porque el reino de Dios ha llegado (Mt 4,17), obliga a la búsqueda de ese Reino y de su justicia, después de todo lo demás vendrá por añadidura (Mt 6, 33). El seguimiento es desprendimiento y búsqueda.

Esta nueva ética transformadora del ser del hombre, hará caminar en verdad. Una verdad que cada día irá ganando terreno, del mismo modo que la semilla, el grano de mostaza y la levadura. El reino de Dios con unos principios humildes e insignificantes va cambiando constantemente y preparando el futuro. Esta ética va ensanchando caminos, presentando más que programas que escrupulosamente haya que cumplir, vivencias y espíritus nuevos que abren posibilidades de realizaciones humano-divinas. Jesús no piensa a lo moralista. Su ética nunca podrá ser atomizada, ni tampoco diluida en meros cumplimientos ritualistas, ella exige vida y expresión en la experiencia diaria, en cada momento existencial. Más que cumplimiento, es vida.

(38) Cf. Sobrino, J.: *Cristología desde América latina*, (México 1976), pp. 60-65.